

COMUNICACIONES ANTROPOLOGICAS DEL MUSEO DE HISTORIA NATURAL DE MONTEVIDEO

Número 10

1972

Volumen I

UNA INDUSTRIA LITICA PRECERAMICA EN SIERRAS DE ACEGUA, CERRO LARGO, URUGUAY

por
ANTONIO TADDEI (*)

INTRODUCCION

Uruguay posee un rico pasado prehistórico evidenciado en el patrimonio material de diversa índole que es posible observar en los yacimientos arqueológicos de todo el territorio. Los pioneros de la arqueología uruguaya nos instruyeron, en su tiempo, respecto de los grupos ceramistas del Litoral del río Uruguay y del acervo de cazadores superiores con arco. Ultimamente, se han acumulado nuevas informaciones. A esos horizontes se agregó entonces el de cazadores especializados con dardo o jabalina —precerámico—, que etnológicamente ha antecedido a aquéllos. Y desde hace pocos años las investigaciones han comprobado la existencia en nuestro territorio, de patrimonios líticos que deben ser adscriptos a cazadores y recolectores inferiores. De ellos poseemos en el N y NW del Uruguay, lo que en el momento parece ser uno de los más fértiles yacimientos del continente americano. Se trata del *catalanense* (*) industria lítica de lascas, con elementos toscos y primitivos, que inaugura el poblamiento uruguayo, en posible fecha de 9.000 años antes del presente, llegando en factibles fases diacrónicas hasta épocas cercanas al descubrimiento y la conquista. (*Bórmida*: 1964a y 1964b; *Taddei*: 1964 y 1968).

Se ha observado además otra industria lítica precerámica, el *cuarreimense*, que tiene la peculiaridad de integrarse con artefactos elaborados en nódulos, guijarros y lascas gruesas. De aspecto primitivo, ha permitido una sugerencia cronológica del orden de los 6.000 años

* Agradezco al Prof. Jorge Chebataroff por la determinación litológica de la materia prima. Al Sr. Osvaldo Olivella, propietario de los campos donde afincan los yacimientos, por su hospitalidad. Al Sr. Jefe de Policía de Cerro Largo, Coronel Marcelo Santa Cruz, al Sr. Inspector de Policía Edemar Da Rosa y a su hijo Eduardo, al Prof. Carlos E. Etcheverry y a la Prof. María S. Navarrete de Lucas, cuyas colaboraciones hicieron posible realizar esta investigación. Asimismo los hago extensivos a mi hija Graciela por su labor en la confección de los dibujos que ilustran este comentario y al Prof. Miguel A. Klappenbach por su activa gestión en la publicación del mismo.

* Han emitido sus puntos de vista referentes a esta industria: *Campá* 1959 y 1964; *Campá y Vidart* 1962; *Chebataroff* 1960a, 1960b y 1962; *Ibarra Grasso* 1964 y 1967; *Menghin* 1963.

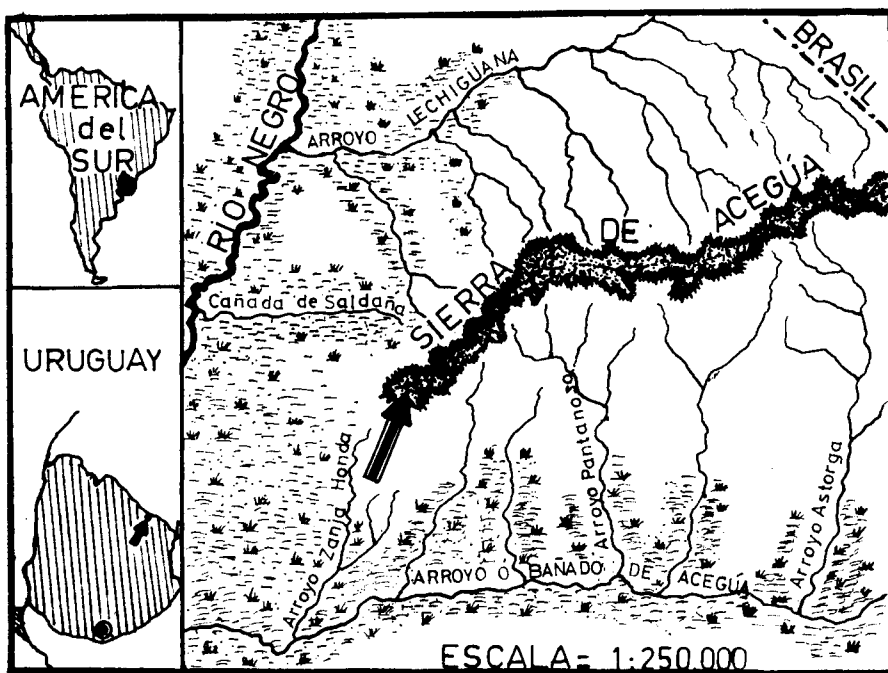
antes del presente, en base a datos geoestratigráficos de artefactos enterrados en sedimentos de las barrancas del río Cuareim. Se supone que este grupo tuvo un carácter paleo-agricultor; esto es sugerido indirectamente a partir del análisis del instrumental lítico que compone su acervo. (*Bórmida*: 1964a y 1964b).

Estos tempranos poblamientos postpleistocénicos y la gran abundancia de yacimientos hasta hoy observados, sitúan al Uruguay como un bolsón territorial con ecología favorable, que propició en el pasado el asentamiento de grupos prehistóricos. Pese a lo precario de las investigaciones arqueológicas llevadas a cabo hasta el momento, ya se puede formular a grandes rasgos un cuadro cronológico cultural, muy provisional por supuesto.

Nos proponemos en esta comunicación expresar sobre nuevos hallazgos. La primera noticia de la industria a comentar surge de un viaje efectuado al departamento de Cerro Largo en setiembre de 1961. Posteriormente, en noviembre de 1969, en una breve labor de campo, pudimos localizar cuatro nuevos sitios, muy próximos unos a otros, en los que se recogió material lítico suficiente para un ulterior análisis en Montevideo.

Fisiografía.

Las coordenadas geográficas de la zona investigada corresponden a long. 54° 30' Oeste y a lat. 31° 58' Sur. Señala el Prof. J. Chebatoff que las sierras de Aceguá están formadas por cerros redondeados de origen cristalino, alineados de Oeste a Este, que atraviesan la frontera y penetran en el Brasil. El área donde se levantan se integra con un relieve modelado sobre materiales geológicos gondwánicos, en su mayor parte sedimentarios. Los movimientos tectónicos afectaron al basamento cristalino provocando dislocaciones y ascensos. Parte de las materias primas usadas por los indígenas locales corresponden a fragmentos de la zona de fallas que separa a aquel basamento cristalino de las terrazas eogondwánicas que también fueron dislocadas. Dichas sierras están rodeadas al Oeste y Sur por extensa planicie aluvial de sedimentos modernos por la cual se desplaza el río Negro en su curso superior. Desde lo alto de ellas, se le divisa con claridad, a unos 8 kilómetros de distancia, enmarcado por monte indígena de tipo galería. Las sierras de Aceguá se sitúan sobre una plataforma de 200 a 300 m de altitud, con alturas que sobrepasan los 380 m. La pluviosidad media local es de 1.200 mm anuales. La temperatura media anual oscila entre 17° y 18° con heladas invernales frecuentes. La flora indígena se inserta en las laderas y quebradas de los cerros y comprende numerosas especies de origen subtropical. La fauna aún hoy es rica en aves y mamíferos, y también las lagunas y el río son proveedores de variados peces. La planicie anegadiza, aunque pobre en pasturas forrajeras, es apta para el ganado vacuno, en tanto que las sierras son propicias para la cría de ovinos. Las sierras poseen numerosos cañadones de los que bajan estrepitosas y límpidas aguas procedentes de lagunas temporarias formadas en las depresiones de sus alturas.



La flecha indica la ubicación de los yacimientos arqueológicos en el extremo SW de las Sierras de Aceguá.

La zona sucintamente reseñada, que incluye dos ambientes físicos distintos, sierras y planicies anegadizas fue otrora un escenario de estímulos al hombre primitivo por las ventajas que derivaron de su ecología propicia. Ese ambiente no debe haber variado fundamentalmente desde su inicial poblamiento, aún considerado en tiempos holocénicos.

Digamos de paso que en esas llanadas son numerosos los "cerritos" o montículos de tierra levantados artificialmente por los indígenas de nuestra prehistoria, que destacan su silueta aun sobre las máximas crecientes. Fueron seguros apostaderos del aborigen, y algunos han sido objeto de cateos superficiales, que habrían proporcionado puntas líticas de flecha del tipo patagónico y cerámica lisa. Estos "cerritos", como los centenares de montículos existentes en los departamentos de Treinta y Tres, Rocha e incluso Tacuarembó, aguardan excavaciones sistemáticas que dilucidarán de una vez quiénes participaron realmente en su erección.

Ubicación de los sitios arqueológicos.

Sitio A: Fue descubierto en setiembre de 1961, oportunidad en que recogimos 75 artefactos. Estos se hallaban sobre una superficie cristalina edafizada de manera discontinua, en campo llano, que constituye la falda levemente inclinada del Oeste de las sierras, precisa-

mente en su conexión con la planicie anegadiza. El área de extracción fue de 80 x 70 m aproximadamente, y los artefactos yacían *in situ* alrededor del filón de la materia prima utilizada.

Sitio B: Se trata de otro sitio a unos 200 m al Sudeste del A, sobre talud con un manifiesto declive de alrededor de 25°, en el que se ubicaron sobre el granito meteorizado (*grush*), 25 artefactos en un área discontinua de unos 70 x 15 m.

Sitio C: Se sitúa a 120 m al Este del anterior, del cual está separado por un cañadón torrencioso con monte marginal nativo. Los 30 artefactos que rindió se recogieron en un espacio limitado, de unos 63 x 12 m, sobre campo abierto ondulado, de piso duro gramíneo.

Sitio D: Este sitio aportó 42 artefactos. Se recogieron sobre relieve descarnado, abrupto, con pendiente próxima a los 28°, también sobre el *grush* y bloques graníticos sueltos, concentrados en un sector de alrededor de 50 x 60 m, en la mitad inferior del talud y al pie del mismo, por lo cual el *creep*, que hizo reptar los suelos, semienterró en la base algunos artefactos. Un cañadón desagua estrepitoso por el lado Noroeste del sitio. En su ribera derecha, a 70 m del mismo, sobre depresión erosionada, ubicamos cinco artefactos más, de los cuales cuatro son relativamente pequeños y de fractura fresca, si se los compara con los restantes ya recogidos. Están elaborados en limolita-arcillita y no se descarta que representen elementos de una facies moderna.

Sitio E: Fue ubicado al Noroeste de los precedentes, entre los sitios A y B, ya al final y al regreso de visualizar el área teórica cuya prospección nos propusimos hacer. Los artefactos aparecieron profusamente mezclados entre detritos graníticos de otra cuesta muy empinada. Dada la escasa cobertura vegetal, a lo que se sumaba el acusado declive y el pisoteo actual del ganado, los materiales fueron acarreados al pie junto con los bloques graníticos y suelos reptados. Se recogieron 40 artefactos en un área irregular de 60 x 10 m aproximadamente.

Resumiendo lo actuado en la tarea de campo, cabe expresar lo siguiente:

— Los cinco sitios arqueológicos se localizaron en áreas discontinuas y relativamente próximas unas a otras. Podemos enmarcarlos en un sector de 1.200 m x 500 m que *grosso modo* ocupa el Sudeste de las sierras de Aceguá. En el trabajo de campo se realizó únicamente recolección de superficie. Dada la exigüedad del área de cada uno de esos sitios y la relativa escasez de artefactos que rindieron, no se efectuaron muestreos. Todas las piezas fueron recogidas en pisos duros y erosionados que no proporcionaban posibilidades de estratigrafía geológica.

A los efectos de su análisis hemos apartado sólo los litos con trabajo intencional que totalizaron 213 artefactos. Se desecharon 16 clasos y lascas con retoques sumarios y rocas naturales de igual materia prima, aportadas expresamente por el indígena a dichos sitios, pero

que carecían de evidencias de trabajo. Descartados dichos litos obtuvimos un lote didáctico que se integró con:

77	artefactos	en	el	sitio	A
24	"	"	"	"	B
28	"	"	"	"	C
46	"	"	"	"	D
38	"	"	"	"	E

No se observaron desechos de talla, yunques o pereutores que puedan ser incluidos entre los elementos a analizar. No se efectuaron en los cinco sitios, hallazgos intrusivos de artefactos tecnológicamente más avanzados, tales como puntas líticas de dardo o de flechas, piedras de boleadoras, morteros o molinos y sus manos, cerámica o litos con retoque por presión. En suma, hubo en ellos dos caracteres negativos: la absoluta ausencia de elementos de cazadores superiores especializados y la falta de neolitos. La materia prima utilizada fue totalmente de origen local. Según el profesor J. Chebataroff, consiste en "areniscas", "limolita-arcilitas" y "tillitas", todas silicificadas. Son de color pardo-rojizo, y litológicamente poco diferenciadas entre sí. Dicha materia prima se presenta en forma de pesados clastos o placas estratificadas, relativamente delgadas, producidas por clivaje natural, o en nódulos amorfos. La dureza de esas rocas promedia 6.5 en la escala de Mohs (entre feldespato y cuarzo) (*). Del total de 213 artefactos, sólo dos están elaborados en cuarzo hialino y uno en xilópalo, también locales.

— Los sitios que rindieron una mejor recolección fueron el A, el C y una ínfima parte del D. Fueron recogidos de áreas de reducida extensión, en pisos duros y casi horizontales, sin trastorno de arrastre y, por lo tanto, podemos considerar los artefactos como asociados y en posición primaria. Consignamos, empero, que el restante 46 % del lote procede de taludes con desniveles pronunciados, donde la erosión y reptación habrían sido factores de mezcla de artefactos, si ellos hubiesen sido elaborados en épocas diferentes. Por otra parte, tenemos conciencia de que ninguno de los dos sitios poco perturbados: el A y el C, respectivamente con 77 y 28 artefactos, contiene cada uno, el mínimo necesario de piezas para configurar un contexto, lo cual hace difícil una diagnosis certera.

— Algunos artefactos, ejecutados tanto en clastos como en lascas, destacan pátina y filos erosionados. Otros, por el contrario, aparentan frescura y muestran filos intactos. Pensamos que tal carácter pueda ser debido a que la materia prima denominada "limolita-arcilita", más compacta y rojiza, produce ese aspecto fresco. Además, otras circunstancias tales como entierro, arrastre y exposición a la intemperie, pueden ser causas de su aspecto externo, que no autoriza a suponerlos productos de moderna o antigua elaboración.

* El análisis de dureza estuvo a cargo del Prof. Jorge Bossi a quien agradecemos su gentileza.

Análisis del material colectado.

Reiteramos que analizaremos materiales recogidos en superficie y por ello sin evaluación cronológica alguna, por lo que nuestra expresión queda reducida a la escueta faz de un análisis de morfología de filos activos, de técnica y de los tipos que podamos discriminar. En una visión preliminar de conjunto del patrimonio lítico rescatado, los materiales de los cinco sitios se nos presentan con un aire de familia en lo que respecta a la preferencia por el uso de una misma o poco diferenciada materia prima y principalmente en lo que concierne a su acusada fisonomía arcaica. Tal identidad de caracteres, aunada a la vecindad de los sitios incluidos en un mismo habitat, nos inclina a suponer que los 213 artefactos pueden ser producto de una misma unidad arqueológica. Y como tal serán tratados en conjunto.

Técnica de elaboración.

Para el análisis siguiente seguimos la clasificación tipológica del Dr. M. Bórmida y sus comunicaciones personales. Adoptamos además, del Prof. A. Austral el vocabulario referido a la tecnología lítica.

En la serie de los 213 artefactos seleccionados como tales se han utilizado:

126	clastos o placas líticas	(un 59,1 %)
83	lascas	(un 39 %)
4	núcleos	(un 1,9 %)

Clastos. Este tipo de materia prima es el que confiere a la industria su particular matiz.

Los 126 clastos son placas líticas de variados espesores que, por efecto de su clivaje natural, han proporecionado dos caras mayores bastante paralelas. En nuestro caso el aborigen seleccionó los de un espesor factible de asirse manualmente.

Observamos artefactos en clastos, donde el de mayor dimensión mide 240 x 165 x 43 mm y el más pequeño 36 x 20 x 30 mm. Ofrecemos las medidas de esta serie, consignando sólo las que corresponden a sus ejes mayores.

Son:	13	entre	41	y	60	mm
	33	entre	61	y	80	mm
	31	entre	81	y	100	mm
	22	entre	101	y	120	mm
	13	entre	121	y	140	mm
	8	entre	141	y	160	mm

y 6 artefactos con las máximas dimensiones de:

175 x 71 x 55; 182 x 120 x 74; 184 x 162 x 60; 185 x 102 x 50; 215 x 165 x 54 y el ya expresado más arriba con 240 x 165 x 43. Omitimos los respectivos anchos que siempre son de menores dimensiones que los largos indicados.

Los espesores de dichos clastos se discriminan así:

7	entre	6 y 10	mm
24	entre	11 y 20	mm
56	entre	21 y 30	mm
27	entre	31 y 40	mm
8	entre	41 y 50	mm
4	entre	51 y 62	mm

Se utilizó entonces dicho clasto, naturalmente clivado, ahorrando al indígena el trabajo de la talla inicial, yéndose en este caso directamente a la retalla o preformado del artefacto. Esta retalla fue presuntamente efectuada a percusión directa, con percutor manual móvil duro, usándose tal vez un pesado nódulo lítico de la misma materia prima. Repetidos golpes han delineado las piezas, reduciendo en general los clastos a verdaderos paralelepípedos, cuyos lados son perpendiculares respecto de las dos caras paralelas naturales del lito. Las aristas de estos lados abruptos algunas veces fueron utilizadas como "cepillos" con el filo derivado de la propia fractura y reflejan intenso uso; pero, en general, los retoques secundarios son del tipo marginal. Es posible suponer que cuando dichos clastos extraídos de su filón eran en exceso pesados, ellos serían arrojados violentamente contra el piso duro (en este caso un yunque durmiente) haciendo que el impacto los fragmentara en trozos menores, aptos para su ulterior retalla y retoque manual.

Lascas. Las 83 lascas en que se han elaborado artefactos son el resultado de la talla, retalla y retoque secundario, a percusión manual directa. Han sido obtenidas del desbastado de nódulos naturales, como asimismo de clastos espesos de las variantes ya expresadas.

En ellas la cara con corteza o anverso, se destaca muy poco de la cara ventral o reverso que contiene el plano de lascado. La rusticidad general de los artefactos hace difícil pronunciarse categóricamente acerca de si debemos incluirla como lasca primaria o secundaria.

Las dimensiones, tomado en cuenta sus ejes mayores son:

9	entre	29 y 50	mm
25	entre	51 y 70	mm
21	entre	71 y 81	mm
15	entre	91 y 110	mm
9	entre	111 y 130	mm
3	entre	131 y 150	mm
1		de 156	mm

Los espesores de dichas lascas se discriminan así:

26	entre	10 y 20	mm
19	entre	21 y 30	mm
28	entre	31 y 40	mm
7	entre	41 y 50	mm
3	entre	51 y 62	mm

Con muchas interrogantes registramos 20 lascas "interiores" o "secundarias" que conservan leve corteza, mientras las 66 restantes son "exteriores" o con corteza. No aparecieron láminas ni hojas.

Núcleos. Los únicos núcleos observados son los resultantes de nódulos que, por las sucesivas extracciones de lascas fueron reducidos a las medidas de 103 x 35 x 33; 72 x 52 x 35; 65 x 50 x 60 y 78 x 70 x 37 mm. Son escasamente facetadas a grandes golpes, y alguna arista muestra retoques secundarios.

En síntesis y para una mejor interpretación de las dimensiones mencionadas, tanto para elastos y lascas como para núcleos, exponemos los siguientes porcentajes, expresando siempre las medidas de los ejes mayores. Y es así que:

- Un 16 % del total (34 artefactos) poseen menos de 61 mm
- Un 40 % del total (85 artefactos) oscilan entre 61 y 90 mm
- Un 34 % del total (73 artefactos) oscilan entre 91 y 130 mm
- Un 10 % del total (21 artefactos) sobrepasan los 130 mm

Solamente en 9 lascas creemos observar un verdadero plano de percusión (o plataforma de golpe) elaborado y liso. Únicamente en 2 de ellas es perceptible dicho plano de percusión natural (o con corteza). Son asimismo poco visibles los bulbos de percusión; un solo artefacto lo destaca en forma neta. Atribuimos su bajísima frecuencia, no tanto al hecho de habersele eliminado intencionalmente, sino a la materia prima utilizada, de imperfecta fractura concooidal que ha disimulado el punto de impacto, el bulbo y las ondas de la percusión. Además, en muchos artefactos la erosión ha sido activa y ha borrado esas huellas. Recordamos que la mayoría han sido recogidos entre granito meteorizado cuyas aristas y filos la arena gruesa (*grush*) ha limado intensamente. Ello nos inhibe de registrar, ante esas inseguridades, los ángulos de percusión y de lascado, provenientes del despegue de la lasca, como también asegurar que estamos frente a verdaderos planos de lascado. Es difícil, por ello, expresarnos sobre la existencia de anverso, reverso, plano de lascado, etc.

Tan sólo en 6 lascas podríamos asegurar que el retoque secundario ha sido efectuado en dicho plano de lascado, en tanto que en otras 13 lascas "exteriores" dicho retoque se efectuó en el anverso, o sea en la cara con corteza y contraria a aquél.

Hemos hallado un solo biface, toseco e incompleto, en un núcleo residual poliédrico y aún muy poco diferenciado. Además sólo registramos 6 unifaces, de los cuales 3 son incompletos y poco característicos. El resto, o sean 206 artefactos, tiene retoque marginal, limitado a los filos de las lascas o a los bordes de fractura de los elastos.

Los retoques secundarios concurrentes a tornar activos esos filos o biseles son elementales. Se muestran, en parte, raídos y con pátina, pero francamente visibles. Es preciso consignar que observamos retoques menudos, tanto en artefactos mayores, como en los menores y que la pátina o la frescura de la talla alcanza por igual a todas las dimensiones. De nuevo expresamos que la diferencia en la materia prima utilizada puede ser factor, entre otros, de los variados aspectos externos de los componentes de esta industria.

Se han aprovechado en los clastos los filos vivos y abruptos productos de la retalla y planos de fractura, para ser usados directamente a la manera de "cepillos". Se observan visibles trazas de uso intenso que no deben ser consideradas como trabajo de retoque intencional.

La arista entre dos planos perpendiculares a las caras, producto de la retalla en clastos y en algunas lascas, ha sido utilizada, mediante retoque, como buril, raspador o muesca. Dicho rasgo se observa en 7 artefactos del sitio A; 1 del B; 3 del C; 4 del D y 1 del E (ver lámina 7, figuras Nos. 3 y 4). Anotamos 10 artefactos denticulados (7 raederas y 3 raspadores).

Otro rasgo a destacar en el análisis de esta industria es que un 17,3 % de las piezas (37 artefactos) muestran retoques alternantes netos (en ambas caras de un mismo lado), en tanto que en un 22,5 % (48 artefactos) se observan retoques alternos (en caras y lados distintos). En el caso de los retoques alternantes, son las raederas las que acaparan 18 artefactos del total examinado; sus filos activos se muestran sinuosos y ondulantes, por retalla a grandes golpes efectuada en ambas caras. Los amplios negativos alternantes han recibido, en última fase, los retoques secundarios menores, siempre a percusión manual directa.

Consideramos del mayor interés este carácter tecnológico de los retoques alternantes y alternos, puesto que ellos son casi inexistentes en los acervos ergológicos locales de cazadores superiores especializados. Dichos retoques, efectuados tanto en clastos como en lascas, se reparten así:

Sitio A:

con 18 retoq. alternant. y 19 alternos (15 en clastos, 18 en lascas y 1 en núcleo)

Sitio B:

con 1 retoque alternante y 4 alternos (4 en clastos y 1 en lascas)

Sitio C:

con 6 retoques alternantes y 6 alternos (7 en clastos y 5 en lascas)

Sitio D:

con 11 retoques alternantes y 9 alternos (7 en clastos y 13 en lascas)

Sitio E:

con 1 retoque alternante y 8 alternos (7 en clastos y 2 en lascas)

En 3 artefactos del Sitio A observamos retoques de esos tipos en una misma pieza.

Descripción de artefactos.

Los artefactos tienen escasas formas típicas, carácter éste propio de las industrias toscas y primitivas como la que nos ocupa.

Pese a las dificultades que nos plantean acervos de esta naturaleza, en que los tipos no son nítidamente diferenciados, hemos efectuado una clasificación convencional de ellos, describiendo los artefactos en base a la morfología de los filos y biseles y asignándoles su posible función. Discriminamos del conjunto los artefactos considera-

dos *compuestos*, o sea, aquellos que en una pieza compendian funciones diferentes. Ej.: raedera-raspador; raedera-perforador; cuchillo-raedera; raedera-muesca, etc. Asimismo determinamos como *dobles* a los artefactos de función equivalente. Ej.: raedera recta-convexa; raspador apical-lateral, etc. Por supuesto que el patrimonio lítico examinado se integra además con artefactos de función *simple*. Detallamos a continuación los artefactos *compuestos*, *dobles* y *simples* determinados para cada sitio:

Sitio A:

con 16 artefactos compuestos (6 en clastos y 10 en lascas)
 con 26 artefactos dobles (15 en clastos y 11 en lascas)
 con 35 artefactos simples (20 en clastos y 14 en lascas) más 1 núcleo

Sitio B:

con 3 artefactos compuestos (————— 3 en lascas)
 con 7 artefactos dobles (5 en clastos y 2 en lascas)
 con 14 artefactos simples (9 en clastos y 4 en lascas) más 1 núcleo

Sitio C:

con 9 artefactos compuestos (5 en clastos y 4 en lascas)
 con 8 artefactos dobles (5 en clastos y 3 en lascas)
 con 11 artefactos simples (8 en clastos y 3 en lascas)

Sitio D:

con 12 artefactos compuestos (3 en clastos y 9 en lascas)
 con 15 artefactos dobles (9 en clastos y 5 en lascas) más 1 núcleo
 con 19 artefactos simples (15 en clastos y 4 en lascas)

Sitio E:

con 5 artefactos compuestos (2 en clastos y 3 en lascas)
 con 13 artefactos dobles (9 en clastos y 4 en lascas)
 con 20 artefactos simples (12 en clastos y 8 en lascas)

Una síntesis de los artefactos recogidos nos ilustrará, en su condensación en series, de los elementos que la integran.

Reiteramos que los 213 artefactos se reparten en:

206 con retoques marginales
 6 con retoques unificiales (de ellos 3 incompletos)
 1 con retoque bifacial incompleto

Del total examinado hemos apartado:

a) 91 *raspadores* (que incluyen 45 simples y 46 dobles) y representan el 42 % de esta industria.

Entre los 45 simples observamos:

13 de bisel convexo (6 laterales, 4 en lado y 3 apicales)
 7 de bisel recto (2 laterales, 1 en lado y 4 apicales)
 18 de bisel cóncavo (7 laterales, 7 en lado y 4 apicales)
 2 de bisel punta roma entre dos cóncavos (1 lateral y 1 apical)
 5 nucleiformes toscos (entre ellos el único biface)

En 2 *raspadores* simples observamos retoques alternantes.

Entre los 46 dobles registramos:

13 de bisel recto-convexo (10 apicales, 2 convergentes y 1 doble apical)
 9 de bisel recto y subrecto (2 apicales laterales, 1 doble apical, 1 doble lateral y 1 convergente)

- 6 de bisel convexo-cóncavo (3 convergentes, 1 apical-lateral y 2 laterales)
- 5 de bisel cóncavo y punta (roma) entre dos cóncavos (2 apicales laterales, 1 en lado, 1 lateral y 1 convergente)
- 4 de bisel cóncavo-recto (3 convergentes y 1 apical-lateral)
- 4 de bisel convexo (2 apicales-laterales, 1 doble apical y 1 convergente)
- 2 de bisel cóncavo (1 lateral y 1 convergente)
- 2 de bisel convexo y hocico (1 en lados opuestos y 1 convergente)
- 1 de bisel cóncavo y hocico (en lado)

Este grupo de raspadores dobles acusa 21 retoques alternos. De ellos 8 se manifiestan en los apicales-laterales. Algunos pueden considerarse múltiples, pues 9 son triples.

- b) 57 *raederas* (que incluyen 32 simples y 25 dobles) y representan el 26,8 % del total de esta industria.

Entre las 32 simples observamos:

- 14 de filo convexo (5 laterales, 8 en lado y 1 en plano de percusión)
- 12 de filo recto y subrecto (8 laterales y 4 en lado)
- 4 de filo cóncavo (2 laterales, 1 apical y 1 en lado)
- 2 de filo punta (roma) entre dos cóncavos (lateral)

En este grupo observamos 13 artefactos con retoques alternantes.

Entre las 25 *raederas* dobles observamos:

- 10 de filo recto-convexo (7 convergentes, 2 en lados opuestos y 1 lateral)
- 5 de filo recto y subrecto (2 convergentes y 2 laterales)
- 3 de filo cóncavo-recto (2 convergentes y 1 lateral)
- 2 de filo convexo (1 convergente y 1 en lados opuestos)
- 1 de filo punta entre dos muescas y recta (lateral)

En esta sección observamos 8 artefactos con retoques alternantes y 3 con alternos.

- c) 45 *artefactos compuestos*, que representan un 21 % del total examinado. Se discriminan así:

- 18 raspadores-*raederas*
- 5 muescas-*raederas*
- 5 muescas-raspadores
- 3 perforadores-raspadores
- 3 perforadores-*raederas*
- 3 puntas-raspadores
- 2 puntas-*raederas*
- 2 muescas-raspadores-*raederas* (o múltiple)
- 1 muesca-perforador-*raedera* (o múltiple)
- 1 punta-*raedera*-buril (o múltiple)
- 1 cuchillo-*raedera*
- 1 buril-*raedera*

En esta sección de compuestos anotamos 20 artefactos con retoques alternos y 8 con retoques alternantes, estos últimos siempre en *raederas*.

- d) 7 *muecas simples*, que representan un 3,3 % del total de artefactos. De ellas 1 es doble. Si añadimos las 13 observadas entre artefactos compuestos, totalizamos 20 *muecas*.

- e) *3 perforadores simples* que significan el 1,4 % del total analizado. Si agregamos los 7 insertos en los compuestos tenemos un total de 10 perforadores. De ellos 7 son típicos y 3 atípicos. Dos ejemplares de los típicos están formados por muescas alternas.
- f) *3 puntas simples* cuyo porcentaje es de 1,4 % del total. Son relativamente grandes y podrían tomarse como punzones. Observamos 6 de ellas anexadas además a los artefactos compuestos y con ellas harían 9 puntas. Preferimos designarlas como puntas y pensamos que pueden haber tenido toda una serie de destinos. Algunas son formadas por convergencia de lados en la talla de raederas y raspadores.
- g) *5 cuchillos simples* que significan un 2,3 % del lote examinado. Son de filo convexo y dorso. Observamos uno más anexado a raedera y totalizamos así 6 ejemplares. En 2 de ellos se han efectuado retoques alternantes.
- h) *1 buril simple* formado por leve muesca que con otros 2 observados entre los artefactos compuestos, totalizan 3 ejemplares.
- i) *1 azuela simple* de bisel apical convexo, en lasca gruesa con talón que es el plano de percusión.
- j) *1 gran tajador simple* (215x165x54 mm) de forma circular, sección sublenticular, en clasto desbastado y filo marginal en breve sector de su perímetro.

Advertimos en esta industria una supremacía de los raspadores que duplican en número a las raederas. No es sorprendente, sino por el contrario es común, hallar en contextos de cualquier industria, que los restantes artefactos aparezcan con frecuencia menores que los raspadores y raederas.

Entre los raspadores es corriente el doble, que compendia en un solo lito la forma apical y lateral y la de lados convergentes de diferentes biseles. La razón de ello es la profusa utilización de clastos, que ha propendido a que la retalla condujera cómodamente a preformar los paralelepípedos.

Pero una intención ha predominado en la mente de los artesanos de esta rústica industria: la de producir con preferencia artefactos de biseles y filos activos *de gran concavidad*. No nos estamos refiriendo a muescas, raederas ni raspadores de concavidad menor, sino a las piezas que destacan notables amplitudes de medida, con aberturas que van desde los 32 mm, promedian los 57 mm y alcanzan la extrema de 105 mm.

Los grandes cóncavos que observamos con esa característica son:

- 4 raspadores en sitio A con 32, 62, 60 y 76 mm de abertura
- 2 raspadores en sitio B con 49 y 73 mm de abertura
- 2 raspadores en sitio C con 40 y 105 mm de abertura
- 2 raspadores en sitio D con 40 y 60 mm de abertura
- 2 raspadores en sitio E con 40 y 42 mm de abertura
- 1 raedera en sitio D con 57 mm de abertura

- e) *3 perforadores simples* que significan el 1,4 % del total analizado. Si agregamos los 7 insertos en los compuestos tenemos un total de 10 perforadores. De ellos 7 son típicos y 3 atípicos. Dos ejemplares de los típicos están formados por muescas alternas.
- f) *3 puntas simples* cuyo porcentaje es de 1,4 % del total. Son relativamente grandes y podrían tomarse como punzones. Observamos 6 de ellas anexadas además a los artefactos compuestos y con ellas harían 9 puntas. Preferimos designarlas como puntas y pensamos que pueden haber tenido toda una serie de destinos. Algunas son formadas por convergencia de lados en la talla de raederas y raspadores.
- g) *5 cuchillos simples* que significan un 2,3 % del lote examinado. Son de filo convexo y dorso. Observamos uno más anexado a raedera y totalizamos así 6 ejemplares. En 2 de ellos se han efectuado retoques alternantes.
- h) *1 buril simple* formado por leve muesca que con otros 2 observados entre los artefactos compuestos, totalizan 3 ejemplares.
- i) *1 azuela simple* de bisel apical convexo, en lasca gruesa con talón que es el plano de percusión.
- j) *1 gran tajador simple* (215x165x54 mm) de forma circular, sección sublenticular, en clasto desbastado y filo marginal en breve sector de su perímetro.

Advertimos en esta industria una supremacía de los raspadores que duplican en número a las raederas. No es sorprendente, sino por el contrario es común, hallar en contextos de cualquier industria, que los restantes artefactos aparezcan con frecuencia menores que los raspadores y raederas.

Entre los raspadores es corriente el doble, que compendia en un solo lito la forma apical y lateral y la de lados convergentes de diferentes biseles. La razón de ello es la profusa utilización de clastos, que ha propendido a que la retalla condujera cómodamente a preformar los paralelepípedos.

Pero una intención ha predominado en la mente de los artesanos de esta rústica industria: la de producir con preferencia artefactos de biseles y filos activos *de gran concavidad*. No nos estamos refiriendo a muescas, raederas ni raspadores de concavidad menor, sino a las piezas que destacan notables amplitudes de medida, con aberturas que van desde los 32 mm, promedian los 57 mm y alcanzan la extrema de 105 mm.

Los grandes cóncavos que observamos con esa característica son:

- 4 raspadores en sitio A con 32, 62, 60 y 76 mm de abertura
- 2 raspadores en sitio B con 49 y 73 mm de abertura
- 2 raspadores en sitio C con 40 y 105 mm de abertura
- 2 raspadores en sitio D con 40 y 60 mm de abertura
- 2 raspadores en sitio E con 40 y 42 mm de abertura
- 1 raedera en sitio D con 57 mm de abertura

Conclusiones.

Con esta industria que denominamos *aceguaense* emerge otra rama de un estadio cultural del pasado prehistórico del territorio uruguayo y acaso otro jalón en el conocimiento de las primeras olas pre-cerámicas americanas. Sólo esbozamos criterios sobre la escueta faz técnico-tipológica, sus rasgos básicos y su interpretación funcional, que tal vez no sea siempre la correcta.

Estamos impuestos de la limitación de datos que aportan las evidencias materiales que nos ofrecen esos cinco sitios arqueológicos, para usarlos en un intento de reconstruir el modo de vida de sus autores y usuarios. Si esos artefactos nos autorizan a caracterizar a esta industria, por otra parte estamos impedidos de expresarnos sobre los problemas más complejos de su vida espiritual, organización social y política, etc. Son restricciones que nos obligan a manejar esos modestos testimonios con la debida cautela e inferir de ellos lo escaso que reflejen y podamos captar.

En una visión de conjunto, apreciamos homogeneidad y frecuencia de los elementos integradores del complejo colectado. No existen entre ellos diferencias tipológicas que sugieran mezclas culturales y comportan, a nuestro juicio, como ya expresamos, una unidad arqueológica.

No sugerimos por ello que los artefactos recogidos en los cinco sitios sean sincrónicos. Debemos admitir aún la posibilidad de que exista una diacronización, ya que planteamos el hallazgo, contiguo al sitio D, de cuatro artefactos pequeños íntimamente agrupados, de talla menuda y aspecto juvenil. (*)

Repetimos, que analizamos material cultural recogido en superficie, donde tres de los cinco sitios se mostraban erosionados. De haber existido, en estos últimos dos capas de artefactos superpuestos producidas en diferentes tiempos y separadas por sedimentos, la eliminación de estos sedimentos pudo hacer bajar los del nivel superior produciendo una mezcla secundaria con los del piso inferior.

Esta serie examinada no procede entonces de pruebas estratigráficas. Queda por ello al margen su ubicación temporal. Desconocemos su instancia histórica y la identidad racial de sus ejecutores.

Es industria de rasgos muy peculiares que ha proporcionado elementos toscos y poco definidos. En la talla, cuando la hubo, y más en la retalla y el retoque secundario, muy rudimentario éste, se habría utilizado la técnica de percusión directa. El uso de pesados clastos,

* En reciente comunicación el Prof. Carlos E. Etcheverry, activo investigador de esa área, recientemente nos envió dos lotes de artefactos colectados en superficie, procedentes de sendos sitios al norte y sudeste muy próximos a dichas Sierras de Aceguá, que confirman nuestras presunciones. Se ha utilizado en ellos, dos variantes de la misma materia prima y han reproducido en general los mismos tipos con mejoras técnicas consistentes en prolijos retoques. Un lote de 37 piezas se integra con artefactos pequeños que van desde 22 x 20 x 8 mm hasta 45 x 29 x 15 mm y con sólo un 15 % que alcanzan 70 x 45 x 14 mm. El otro conjunto arqueológico con 52 piezas, agrupa verdaderos microlitos con dimensiones desde los 20 x 18 x 5 mm hasta los 28 x 24 x 10 mm y tan sólo un 6 % del total poseen medidas que no sobrepasan los 55 x 30 x 13 mm.

que superan porcentualmente a las lascas, la exigua producción de unifaces, la ausencia total de trabajo bifacial, la carencia de núcleos y de los artefactos derivados de ellos, hacen de este *aceguaense* un acervo tipológicamente primitivo; expresan una franca discrepancia morfológica con industrias precerámicas de nuestro territorio, que lo coloca fuera de los estilos que conocemos hasta el momento.

El área investigada parece ser libre de otras mezclas culturales de distinta producción, o sea que no aparecen agregados de artefactos propios de cazadores superiores especializados. Los sitios parecen ser los testimonios de breves campamentos al aire libre, de bandas errantes con propósito de caza y recolección. Ello se infiere de la escasez de artefactos líticos abandonados, que suponen instalaciones transitorias, tras el cotidiano apoyo económico que le dispensaba la sierra donde asentaron y la dilatada planicie anegadiza a su frente, distante apenas dos kilómetros y medio.

Si debemos caracterizar culturalmente a este grupo humano en base a su tosco acervo material, podemos adscribirlo a entidades prehistóricas de cazadores inferiores y recolectores con economía parasitaria, depredadora y de apropiación.

No supieron producir puntas de proyectil líticas, ausentes en el patrimonio examinado. Los grandes raspadores y raederas cóncavas de gran abertura, son los artefactos más representativos de esta industria. Ellos son testimonios indirectos, cuya función habría sido tanto la de producir palos cavadores como la de preparar azagayas, venablos y lanzas de mano, en leños raspados y aguzados, destinados a la caza agresiva.

Los grupos humanos autores de este patrimonio material serían ramas tardías de un substrato básico de pueblos atrasados culturalmente. Ese estilo de vida sugiere modalidades propias de un paleolítico inferior. El primitivismo que resalta de un examen de los elementos que componen esta industria no puede ser argumento, lógicamente, para atribuirle alta edad. No hay tipología cronológica.

En este caso el *aceguaense* como otras tantas industrias de morfología primitiva en América, configura tal vez, supervivencia de antiguos comportamientos, que perduraron, poco modificados, en ámbitos geográficamente arrinconados, marginados y sin contacto con grupos más evolucionados que les alteraran sus arcaicos padrones de vida.

Adoptando los conceptos y terminología de la escuela de Buenos Aires creada por el Dr. Osvaldo F. Menghin, clasificamos esta industria como "epiprotolítica". Esta es la que, poseyendo el carácter de un paleolítico inferior y medio, habría sobrevivido hasta épocas relativamente recientes.

En materia de confrontación del acervo *aceguaense* con industrias de su mismo nivel cultural en el Uruguay, lógico es apuntar hacia el *catalanense*, cuyo foco principal en nuestro territorio parece situarse hasta el momento en las márgenes del arroyo Catalán Chico, departamento de Artigas.

El *aceguaense* mantiene con aquél una discreta similitud. La técnica de percusión directa ha sido común a las dos industrias. Un rasgo más importante aun las vincula: ambas han efectuado retoques alternos y alternantes. Los porcentajes en Aceguá y Catalán, incluso, se asemejan. Existen además algunas concordancias tipológicas con "facies" del *catalanense* que no pueden ser atribuidas al criterio de la convergencia. Nos referimos al yacimiento del arroyo Catalán Grande que presenta algunas estrechas analogías con el *aceguaense*. En efecto, los artefactos son, como en éste, en general de grandes dimensiones; se utilizaron asimismo, además de lascas artificiales, pesados elastos o lascas de arenisca silicificada clivadas naturalmente y lo que es fundamental, han producido también buen porcentaje de raspadores y raederas cóncavas de gran amplitud de abertura. Ambas industrias comparten por igual elementos homólogos, como muescas, perforadores típicos y atípicos, raspadores de punta entre dos muescas y cuchillos de dorso.

Analizaremos ahora las diferencias. El patrimonio lítico del *catalanense*, aún en las facies que consideramos más primitiva (caso Catalán Grande, Escuela La Bolsa, etc.) se nos presenta como más evolucionado y con artefactos bien definidos. Esto permite un estudio tipológico sin mayores problemas, que se torna a veces difícil en el *aceguaense*. Faltan en éste los raspadores nucleiformes piramidales, bien conformados, tan comunes en el inventario del *catalanense*, como es notoria, asimismo, la ausencia del trabajo bifacial.

El *catalanense* ha sido ubicado por el Prof. Osmar Santos en facies aún no identificadas, en las inmediaciones de la ciudad de Rivera. (O. Santos 1965). No sería improbable, entonces, su extensión hacia el Este hasta las sierras de Aceguá.

Planteadas analogías y diferencias, nos inclinamos a expresar que estaríamos en presencia de una misma tradición u horizonte cultural de cazadores y recolectores, en que la materia prima influye en el aspecto de sus industrias. Los artesanos del *aceguaense* no pudieron elegir materia prima, sino utilizar la única del área, que, al presentarse en general en forma de elastos naturales y nódulos de pésima fractura concoidal, ha plasmado en ese aspecto por demás rústico de sus artefactos.

Se piensa, con lógica, que el trasiego de esas técnicas básicas hacia nuevo habitat de diferentes ecologías, con el aditamento de un cambio de materia prima, sea entre otras causales, factor modificante que contribuye a dar esos matices a los contextos arqueológicos, aunque procedan de similares tradiciones y se sitúen en áreas relativamente cercanas.

Con todo, al expresarnos sobre analogías con los elementos arqueológicos de áreas vecinas, no pretendemos en ningún caso forzar correlaciones. Hemos observado un ínfimo sector de esas sierras en una inspección rápida y preliminar. Sería de interés proseguir allí otras más cuidadosas investigaciones de campo, las que nos darían bases sólidas para efectuar comparaciones, verificar su expansión territorial y acaso la posibilidad de obtener evidencias estratigráficas en capas no removidas que propiciaran su datación.

Los yacimientos arqueológicos que nos legaron los cazadores inferiores y recolectores del tipo del *catalanense* y *aceguaense* son, en el actual estado de los conocimientos, focos aislados sin segura conexión genética fuera de los límites de nuestro territorio. Se han señalado, sin embargo, algunas posibles vinculaciones con industrias que parecen emparentarse tipológicamente, descubiertas en la Pampa argentina y el Sur de Bolivia.

Su genealogía, repetimos, enraíza en la prehistoria del continente americano, con otras industrias de ese mismo carácter primitivo ya observadas y cronologizadas. Constituyen testimonios de las variadas tradiciones de las más remotas olas humanas, las que con diferentes filiaciones, han producido los matices culturales que es dable observar en América.

La internación de esos grupos desde Asia Oriental, derivadas de culturas "protolíticas" tardías, a través de antiguos puentes terrestres en Behring, no se discute. Cuando se conozcan fehacientemente sus primeros ingresos por Alaska, no resultará sorprendente que puedan fecharse entre los 30.000 y 35.000 años antes del presente.

En América del Norte el pasaje de esos antiguos cazadores inferiores se evidencia en yacimientos conocidos por Santa Rosa Island, Valsequillo, Lago Manix, Tule Springs, etc. aún no estrictamente fechados, pero con dataciones que se acercan a los 27.000 años.

Sus desplazamientos al Sur, se detectan en México entre 20.000 y 21.000 años a. C. En América del Sur las dataciones se han realizado con mucha más precisión que en América del Norte. Es así, como se señalan cronologías para toscas industrias, en Muaco (Venezuela) entre los 12.000 y 14.000 años a. C. En Ecuador, Perú y Norte de Chile se determinan tempranos poblamientos en yacimientos conocidos por Oquendo, Zona Roja, Chuquicamata, etc. que se han fechado entre los 10.000 y 11.000 años a. C. Similares fechas se asignan a industrias rudimentarias en el NW argentino en los yacimientos de Mal Paso y Barranca, correspondiendo al de Río Gallegos en el Sur de la Patagonia una datación geológica de 10.000 años a. C. (*)

Nos hemos referido en forma por demás sumaria a algunos prominentes hallazgos arqueológicos de las variadas cepas consideradas hoy entre las más primitivas y antiguas del doble continente americano.

Cuáles fueron los oscuros caminos por los que se ha procesado esa antropodinámica y de dónde han tomado su savia esos modestos acervos precerámicos de nuestro territorio, es prematuro decidirlo; son incógnitas que sólo una labor sistemática podrá develar.

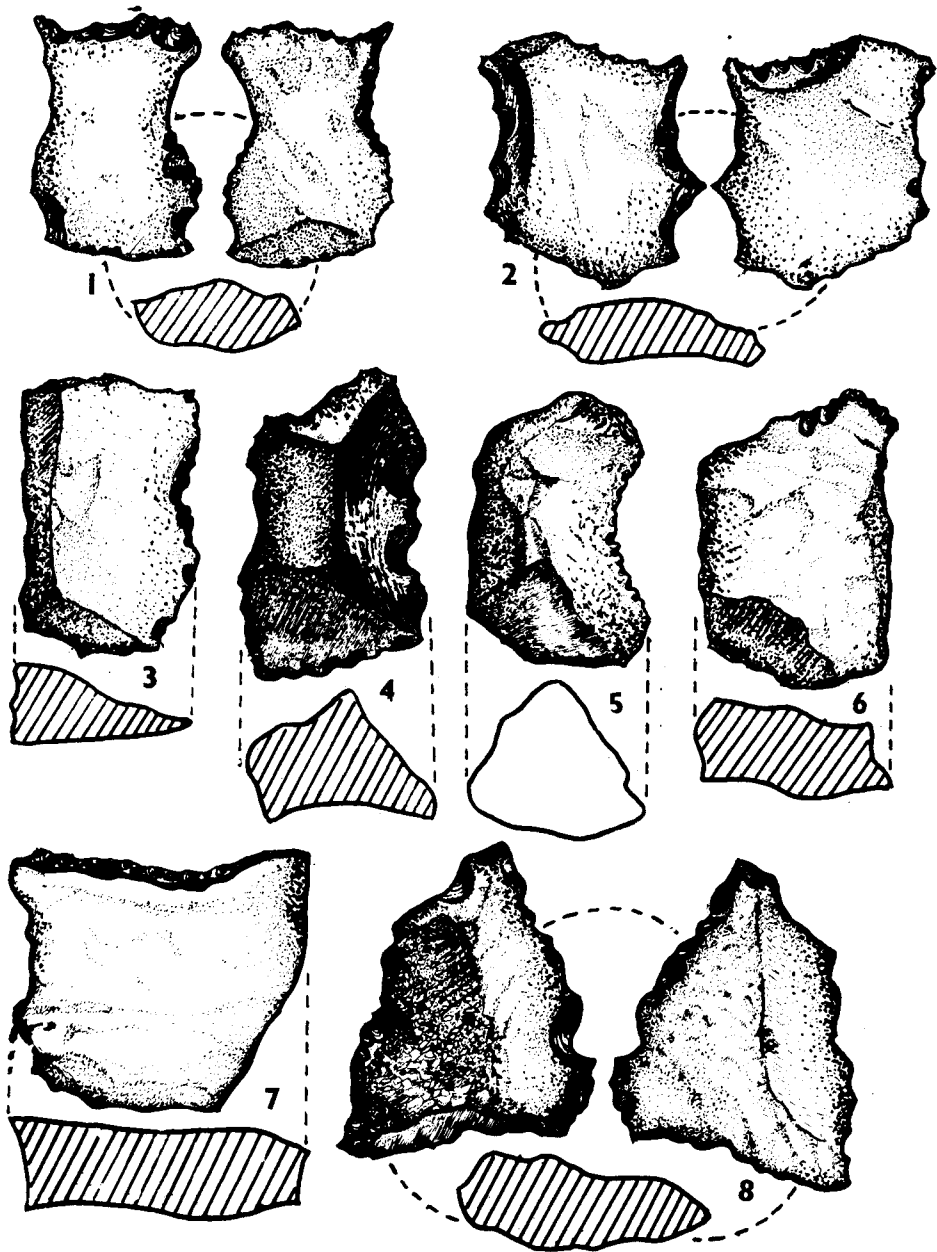
* Una reciente investigación efectuada por R. Mc Neish en la cueva de Flea, Ayacucho, al sur de Lima (Perú) ha producido una datación por C-14 del orden de los 22.000 años. Se trataría de la ocupación humana más alta detectada al momento para cazadores y recolectores primitivos en Suramérica.

BIBLIOGRAFIA

- AUSTRAL, A. G. — 1966. La talla por percusión. *Etnia* 3:9-20. Olavarría. (Rep. Argentina).
- BORMIDA, M. — Prolegómenos para una arqueología de la Pampa Bonaerense. La Plata, 1963.
- BORMIDA, M. — 1964a. Las industrias líticas precerámicas del Arroyo Catalán Chico y del Río Cuareim. *19* (1-4): 195-232. Florencia.
- BORMIDA, M. — 1964b. El Cuareimense. Public. del Semin. de Estud. American. Homenaje a Márquez Miranda: 105-128. Madrid.
- CAMPA, R. — 1959. Un yacimiento paleolítico en el Arroyo Catalán Chico. *Rev. Estuario* 4-5: 41-50. Montevideo.
- CAMPA, R. — 1964. Mayo 3. Culturas paleolíticas en el Uruguay. Suplem. "El Día". Montevideo.
- CAMPA, R. y TADDEI, A. — 1958. Comunic. al Congr. Int. de Amer. México. Ms.
- CAMPA, R. y VIDART, D. — 1962. La cultura precerámica del Catalán. *Amerindia* 1: 1-28. Montevideo.
- CHEBATAROFF, J. — 1960a. Tierra Uruguaya. Introduc. a la Geograf. Física, Biológ. y Humana del Uruguay. Montevideo.
- CHEBATAROFF, J. — 1960b. Las terrazas del arroyo Catalán Chico. Suplem. "El Día". Montevideo (2 de octubre).
- CHEBATAROFF, J. — 1962. Un yacimiento lítico prehistórico del arroyo Catalán Chico. *Rev. Nacional* 210: Montevideo.
- CIGLIANO, M. E. — 1967. Nota preliminar sobre los hallazgos prehistóricos en la zona de Salto Grande. (Entre Ríos). La Plata.
- IBARRA GRASSO, D. E. — 1964. Las culturas paleolíticas suramericanas. *Amerindia* 2: 21-36. Montevideo.
- IBARRA GRASSO, D. E. — 1967. Argentina indígena y Prehistoria americana. Buenos Aires.
- MENGHIN, O. F. A. — 1955-56. El Altoaranaense. *Ampurias* 17-18: 171-200. Barcelona.
- MENGHIN, O. F. A. — 1963. Industrias de morfología protolítica en Sudamérica. *Anales*, 2, Univers. del Norte. Antofagasta.
- PI HUGARTE, R. — 1970. El Uruguay indígena. *Nuestra Tierra* 1: 13-16. Montevideo.
- SANTOS, O. — 1965. Primer mapa arqueológico del Depto. de Rivera. *Centr. de Arqueolog. Bol.* 1. Rivera. Uruguay.
- SCHOBINGER, J. — 1969. Prehistoria de Suramérica. Editorial Labor S. A. Barcelona.
- TADDEI, A. — 1964. Un yacimiento precerámico en el Uruguay. *Baessler-Archiv. Neue Folge.* 12: 317-372. Berlin.
- TADDEI, A. — 1968. Yacimientos precerámicos en el Uruguay. *Actas y Memorias del 37º Congr. Int. American., Rep. Argentina. (Mar del Plata).* 3: 315-324.
- VIDART, D. — 1965. Cuadernos Antropológicos, 3: 52, Montevideo.

LAMINA I

- Fig. 1. Perforador típico lateralizado entre dos cóncavos alternos (lasca exterior).
- Fig. 2. Artefacto compuesto: perforador típico lateralizado entre dos cóncavos alternos. Anexa raedera cóncava y muesca, (lasca exterior).
- Fig. 3. Cuchillo de dorso y filo recto-cóncavo, (lasca interior).
- Fig. 4. Raedera doble: rectos convergentes de retoques finos denticulados, (lasca interior).
- Fig. 5. Raedera cóncava lateral de retoques finos, (lasca exterior).
- Fig. 6. Raspador apical lateralizado en hocico, de retoques finos, (lasca exterior).
- Fig. 7. Raspador bisel leve cóncavo, (elasto).
- Fig. 8. Artefacto compuesto: raedera convexa (de filo alternante) y recta, convergentes que forman perforador apical típico, (lasca exterior).
($2/3$ del tamaño natural)

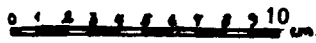
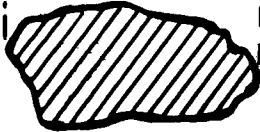
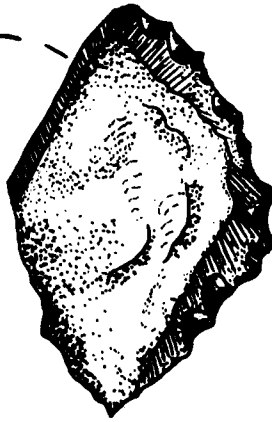
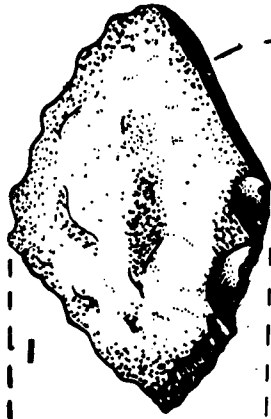


LAMINA II

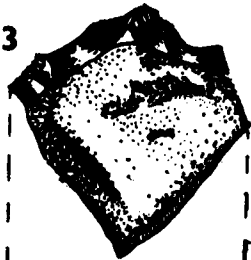
- Fig. 1. Gran raspador doble: bisel convexo apical lateralizado y convexo lateral alterno, (clasto).
- Fig. 2. Raspador doble: punta roma entre dos muescas lateral y leve cóncavo lateral alterno, (clasto).
- Fig. 3. Raspador doble: biseles recto-cóncavo convergentes y punta formada por muesca alterna, (clasto).
- Fig. 4. Raedera doble: cóncavo-convexa laterales. Retoques alternantes forman filo sinuoso ondulante, (lasca interior).
- Fig. 5. Artefacto compuesto: raspador de punta roma entre dos muescas y muesca alterna en lado opuesto, (clasto).
- Fig. 6. Raspador múltiple de biseles: punta entre dos muescas, subrecto y cóncavo-convexo alternos, (clasto).
- Fig. 7. Raspador de bisel subrecto en lado menor, (clasto).

LAMINA II

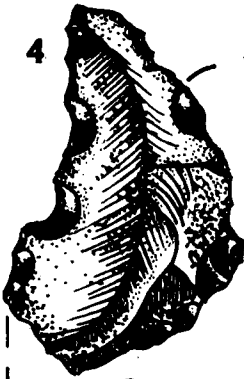
- Fig. 1. Gran raspador doble: bisel convexo apical lateralizado y convexo lateral alterno, (clasto).
- Fig. 2. Raspador doble: punta roma entre dos muescas lateral y leve cóncavo lateral alterno, (clasto).
- Fig. 3. Raspador doble: biseles recto-cóncavo convergentes y punta formada por muesca alterna, (clasto).
- Fig. 4. Raedera doble: cóncavo-convexa laterales. Retoques alternantes forman filo sinuoso ondulante, (lasca interior).
- Fig. 5. Artefacto compuesto: raspador de punta roma entre dos muescas y muesca alterna en lado opuesto, (clasto).
- Fig. 6. Raspador múltiple de biseles: punta entre dos muescas, subrecto y cóncavo-convexo alternos, (clasto).
- Fig. 7. Raspador de bisel subrecto en lado menor, (clasto).



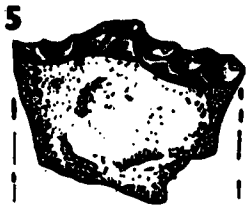
2



3



4



5



6



7



LAMINA III

- Fig. 1. Raspador bisel cóncavo apical de gran arco, (clasto).
- Fig. 2. Raspador bisel leve cóncavo, (clasto).
- Fig. 3. Raspador bisel cóncavo de gran arco, (clasto).
- Fig. 4. Raspador doble: leve cóncavo y recto alterno, (clasto).
- Fig. 5. Raspador bisel cóncavo en lado, (clasto).
- Fig. 6. Cuchillo de dorso regularizado y filo convexo de retoques alternantes, (clasto).
- Fig. 7. Raspador de bisel cóncavo lateral, (lasca exterior).
- Fig. 8. Raspador lateral de bisel subrecto, (clasto).
- Fig. 9. Raspador doble: apical y lateral de biseles abruptos convexo y leve cóncavo. Apice opuesto en raspador de retoques alternantes, (clasto).